



INSTITUTO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE BUENOS AIRES.

PRIORIDADES PARA LA NUEVA ADMINISTRACIÓN

29 Oct 07

Marcelo Ramón Lascano

La única manera de satisfacer las expectativas de la sociedad, al menos en materia de política económica, no pasa sino por dar continuidad al crecimiento registrado durante los últimos años, siempre que sea en el contexto de una aceptable estabilidad monetaria y cambiaria. Cualquier desvío en algunos de estos requisitos, puede acarrear un cierto estado de ansiedad y de mal humor colectivo que, como demuestra la experiencia, no será complaciente ni a corto ni a largo plazo. Evitemos improvisaciones, y a la carga, para que la Argentina no deje evaporar posibilidades excepcionales que no se repiten con generosidad.

Deberíamos distinguir crecimiento respecto de desarrollo. Este supone un proceso maduro de expansión, fuertemente asociado a cambios estructurales conducidos por innovadores arrebatos de inversión, cambio técnico y empleo calificado. El crecimiento resulta más modesto, aunque para nada despreciable. Simplemente, se identifica con procesos menos complejos y diversificados. La densidad del mismo descansa, en no menor medida, en el aprovechamiento de los recursos existentes, denunciando menor innovación y escaso acercamiento a lo que se ha dado en denominar los frutos de la sociedad de la inteligencia.

Como la Argentina hace un cuarto de siglo fue un país precursor en el enriquecimiento del uranio, lo mismo que hace cincuenta años en materia aeronáutica, entre otras cosas a las que habría que agregar la producción de satélites, radares, cohetes y combustibles especiales, es dable aspirar a pegar con éxito un salto realista como el que se deduce de esta nota. Sólo por miopía política esos emprendimientos no se han aprovechado para posicionar al país donde merece y le corresponde estar.

Ahora bien, dado que una economía exitosa es solamente aquella que parte de la base del aprovechamiento inteligente de recursos escasos y de uso alternativo según circunstancias y posibilidades, lo que se impone, entonces, es elaborar ya un sistema de prioridades económicas que tengan trascendencia política sin prescindir de criterios técnicos inherentes a la buena gestión. Las prioridades, o qué hacer primero y qué hacer después, demandan un enfoque que contemple qué insumos y en qué cuantía serán indispensables para encarar con acierto semejante empeño.

La Argentina está en un punto que abusando de la expresión, se podría calificar de peligrosa cercanía a la frontera productiva o, lo que es lo mismo, a los límites de la producción, precisamente porque para darle continuidad al proceso productivo pueden faltarle insumos

indispensable para concluir el mismo sin contratiempos de oferta, cuya consecuencia se llama inflación y eventualmente vulnerabilidad externa. La inversión productiva es la clave para modificar la situación y el cambio técnico su inevitable compañía.

Si este enfoque no es errado, parece necesario apelar al buen sentido y a la indispensable curiosidad para averiguar donde se esconden los cuellos de botella que conllevan a resultados inconvenientes, aunque no inesperados, para quienes conocen el tema. Como en el shopping list que practican las amas de casa anglosajonas para no olvidar los requisitos de la alacena y preservar la concordia familiar, los gobiernos también deben hacer el listado de lo que les faltaría, para aventar crisis previsibles si la cuestión se encara con sentido y responsabilidad profesional.

Veamos. La cuestión energética es esencial, no sólo para producir mercancías y servicios, sino también para conservar la lealtad del electorado. Pero si un proyecto industrial y tecnológico resulta altamente prioritario, la asignación de recursos y la recta selección de alternativas no debería quedar expuesta a improvisaciones. No es lo mismo elegir una usina atómica, que una hidroeléctrica, térmica, eólica, solar, etc. Costos y tiempos en cada caso son diferentes. Las demoras que puedan afectar la maduración de los proyectos podrían modificar los resultados esperados y salpicar la imagen de la administración. No es un tema menor.

Una cosecha próxima de cien millones de toneladas de granos, aproximadamente, según se espera de no mediar algún imprevisto, exige también escoger entre alternativas, habida cuenta que la infraestructura de transporte no ha seguido el ritmo de crecimiento de la producción agraria. En las economías comparadas, no sólo por costos sino también por razones ecológicas, las opciones se han inclinando en favor del ferrocarril y de las vías navegables, lo cual no supone prescindir del transporte por tierra. No se trata de exclusiones si no de proporciones en función del bien común y de otros valores que ya no se debaten.

Finalmente, aunque el tema da para mucho más. La capacitación técnico-profesional debería demandar mucha más atención de la que se presta, pero no como una categoría folklórica o demagógica, sino como un presupuesto indispensable para afirmar el proceso de desarrollo armónico, sostenido y equilibrado elegido. La oferta de carreras rápidas debería estar estrechamente relacionada con el curso previsible de la demanda de asalariados en el futuro inmediato. Esta podría deducirse de la evolución sectorial esperada de la economía, según los indicadores “ad usum” que pueblan las oficinas técnicas en los ámbitos públicos y privados.

El refuerzo de la infraestructura social como educación, salud, vivienda, deporte, seguridad y capacitación profesional, no debería escapar, de ningún modo, a los objetivos prioritarios que se proponga cualquier gobierno, junto con una reforma fiscal que a través del gasto público y de la imposición, contribuya decisivamente a la equitativa distribución del ingreso nacional y a afirmar la concordia entre los habitantes del país. En obsequio de ello, no deberían perderse de vista los conflictos migratorios que hoy encuentran envueltos a los países centrales para evitar caer en situaciones parecidas. La aceptación de contingentes de inmigrantes debería formar parte de una estrategia diplomática y condicionar la aceptación de los interesados según las necesidades nacionales, sobre todo laborales, sin prescindir de adecuados recaudos sanitarios y de indispensables criterios de seguridad con vistas a minimizar el ingreso de interesados conflictivos.

Por supuesto, estas reflexiones responden a una idea de plan que no tiene porque ser totalitario ni libertario, sino compartido por las fuerzas productivas y adecuado a los objetivos realistas de una sociedad que aspira a mejorar su presente y su destino y de un país que busca afirmar su prestigio internacional a partir de lo que hace, no según lo que se dice, en algunos casos por voceros conocidos o ignotos. Si la política económica puede considerarse “un arte edificado

sobre fundamentos científicos”, las proposiciones formuladas no parecen de una cuestionable orientación, sobre todo en un medio donde este tipo de consideraciones carecen de presencia a pesar de su utilidad práctica y de su trascendencia social.

La inflación y la inestabilidad cambiaria, por lo general, no son el resultado de imprevistos o de conspiraciones que rondan en nuestras mentes. Una y otra responden a desequilibrios que anidan en la organización social. Cuando no se presta atención a los primeros síntomas que los delatan, ello es porque el voluntarismo triunfa sobre los resortes de la experiencia. El horizonte se puebla de incógnitas y aparecen los chivos expiatorios donde el estado encabeza la nómina. Esta vez, en una atmósfera de reiterados superávits la antigua aporía que lo responsabiliza con precios en aceleración, así se derrumba. Quiere decir que el fenómeno es más complejo y desentenderse del futuro puede tener algo que ver con ello.